

Eclesiología

Dr. Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.

Índice

Primera parte: La Iglesia en la escritura

Tema 1. La Iglesia «prefigurada» y «preparada» en el Antiguo Testamento

- 1.1. Vocación y elección de Abrahán
- 1.2. Moisés y el Éxodo
- 1.3. Profetas, reyes y sabios
- 1.4. Destierro de Babilonia
- 1.5. De los escribas a los rabinos, de la sabiduría al apocalipsis
 - **Conclusión**

Tema 2. La Iglesia «constituida» y «manifestada» en el Nuevo Testamento/1

- 2.1. Jesús y la Iglesia
- 2.2. La eclesiología en los escritos de San Pablo
 - 2.2.2. La Iglesia en las cartas pastorales
 - 2.2.3. La Iglesia en las cartas a los Colosenses y a los Efesios

Tema 3: La Iglesia «constituida» y «manifestada» en el nuevo testamento/2

- 3.1. La Iglesia en los escritos de Lucas
 - 3.2. La Iglesia en la primera carta de Pedro
 - 3.3. La tradición del Discípulo Amado
 - 3.4. La Iglesia en el evangelio de Mateo
- **Conclusión**

Segunda parte: La Iglesia a través de la historia

Tema 4: La Iglesia en los primeros siglos hasta la edad moderna

- 4.1. La Iglesia en los tres primeros siglos
 - 4.1.1. La eclesiología de San Agustín
- 4.2. La eclesiología escolástica
 - 4.2.1. La Iglesia «Esposa de Cristo» en la reflexión de san Bernardo
 - 4.2.2. La Iglesia «Cuerpo de Cristo» en el pensamiento de Santo Tomás de Aquino

Tema 5: La Iglesia desde la edad moderna hasta el Concilio Vaticano I

- 5.1. La Iglesia en la Edad Moderna
- 5.2. La Iglesia en la Ilustración, el Romanticismo y la Restauración

5.3. La Iglesia del Vaticano I

Tema 6: La Iglesia en el Concilio Vaticano II

6.1. El contexto histórico del concilio Vaticano II

6.2. Críticas al concilio

6.3. Preparación del concilio

6.4. Características de la eclesiología conciliar

Tercera parte: Eclesiología sistemática

Tema 7: La Iglesia como misterio

7.1. El «misterio» en la Escritura

7.2. La Iglesia obra de la Trinidad

Tema 8: La Iglesia «nuevo pueblo de Dios»

8.1. Evolución y redescubrimiento de esta noción

8.2. El sacerdocio común de los fieles

8.3. Participación en el misterio profético de Cristo

8.4. Diversos grados de pertenencia al pueblo de Dios

8.5. Críticas a la noción de pueblo de Dios

Tema 9: La Iglesia «Cuerpo de Cristo», «Esposa de Cristo», «Templo del Espíritu»

9.1. La Iglesia «Cuerpo de Cristo»

9.1.1. En la Escritura

9.1.2. En la teología

9.2. La Iglesia «Esposa de Cristo»

9.3. La Iglesia «Templo del Espíritu Santo»

Tema 10: La Iglesia misterio de comunión

10.1 Enraizamiento bíblico de esta idea

10.2. Enraizamiento antropológico y filosófico

10.3. La «comunión» concepto central y fundamental del concilio Vaticano II

10.4. La participación en la comunión trinitaria

10.5. La Iglesia universal y las Iglesias particulares

10.6. Los riesgos de la comprensión de la comunión

10.6.1. La uniformidad

10.6.2. La centralización

10.6.3. La autoridad monopolizante

10.6.4. El repliegue

10.6.5 La espiritualización

Tema 11: La Iglesia como sacramento universal de salvación

11.1. La historia del término «sacramento» aplicado a la Iglesia

11.1.1. En la tradición patristica

11.1.2. La época medieval: santo Tomás de Aquino

11.1.3. Entre el fin de la Edad Media y la renovación moderna

11.1.4. El redescubrimiento moderno de la sacramentalidad

11.2. Los textos del concilio Vaticano II

11.3. El significado de esta expresión

Tema 12: Las notas de la Iglesia/1

12.1. La Iglesia es Una

12.2. La Iglesia es Santa

Tema 13: Las notas de la Iglesia/2

13.1. La Iglesia es católica

13.2. La Iglesia es apostólica

13.2.1. El adjetivo «apostólica»

13.2.2. La idea de apostolicidad

13.2.3. La noción de sucesión

13.2.4. La sucesión apostólica

Tema 14: Los laicos en el corazón del mundo y de la Iglesia

14.1. ¿Qué se entiende por «laicos»?

14.2. El sacerdocio común de los fieles

14.3. La participación en el profetismo de Cristo

14.4. La participación en la función real de Cristo

14.5. Misión específica del laico en el mundo actual

14.6. El apostolado laical

14.7. Algunos movimientos laicales en la Iglesia actual

14.8. Espiritualidad laical

Tema 15: Los obispos, sucesores de los apóstoles

- 15.1. Dimensión jerárquica de la Iglesia
- 15.2. Los obispos, sucesores de los apóstoles
- 15.3. La sacramentalidad del episcopado
- 15.4. La colegialidad del episcopado
- 15.5. El ministerio episcopal

Tema 16: El Papa, sucesor de San Pedro

- 16.1. Fundamentación bíblica del ministerio petrino
- 16.2. ¿Está justificada la transmisión del primado?
- 16.3. El obispo de Roma, sucesor de Pedro
 - 16.3.1 Historia de la cuestión
 - 16.3.2 Teología
- 16.4. La misión del sucesor de Pedro

Tema 17: El magisterio eclesial

- 17.1. El significado de la palabra «magisterium»
- 17.2. «Magisterium» en los escritos de Santo Tomás de Aquino
- 17.3. El uso moderno del término «magisterium»
- 17.4. ¿Existe un doble magisterio?
- 17.4. Magisterio «auténtico»

- 17.5. La noción de magisterio pastoral o jerárquico
- 17.6. Fundamento bíblico e histórico del magisterio de los obispos.

Tema 18: Los otros ministerios ordenados y la vida consagrada

- 18.1. Los presbíteros en la Iglesia
- 18.2. Ser y misión del diaconado
- 18.3. La vocación a la vida consagrada
- 18.4. La vida consagrada, signo de comunión en la Iglesia
- 18.5. La relación de los consagrados con la autoridad de la Iglesia
- 18.6. Vida consagrada y misión

Tema 19: La misión de la Iglesia

- 19.1. La enseñanza sobre la misión en el decreto *Ad gentes*
 - 19.1.1. Principios doctrinales
- 19.2. Algunas ideas sobre la misión en diversos teólogos del siglo XX
- 19.3. La Trinidad como «forma» del actuar misionero de la Iglesia
- 19.4. La Trinidad como fin de la actividad misionera
- 19.5. La enseñanza sobre la misión en *Evangelii nuntiandi*
 - 19.5.1. El propósito de la *Evangelii nuntiandi*

19.5.2. La estructura de la *Evangelii nuntiandi*

19.5.3. El contenido de la *Evangelii nuntiandi*

19.6. La enseñanza sobre la misión en la encíclica *Redemptoris missio*

19.6.1. El contenido de la *Redemptoris missio*

Introducción

- **Objetivo del curso**
- **El lugar de la eclesiología en la teología**
- **Significado del nombre «iglesia»**
- **La Iglesia en el Credo**
- **Algunas críticas que se hacen hoy a la Iglesia**
- **Bibliografía**

Objetivo del curso

El curso de eclesiología es uno de los cuatro grandes tratados de la dogmática (Dios, Cristo, los sacramentos) del programa de teología. La materia es muy extensa y, a veces, compleja¹.

Un curso de eclesiología introduce al conocimiento propiamente teológico de esta realidad particular y compleja que llamamos «Iglesia». Una justa comprensión teológica de la Iglesia es importante para todos los bautizados. A veces se oye decir: «Yo creo en Cristo, pero la Iglesia, verdaderamente no veo la utilidad». Sin embargo, creer en Cristo y no vivir plenamente en la Iglesia es contradictorio, pues no se puede llegar a Cristo sin pasar por la predicación y los sacramentos de la Iglesia; pero sobre todo *en* la Iglesia vamos a Cristo y permanecemos en Cristo. Rechazar conscientemente a la Iglesia es rechazar a Cristo, pues Cristo y la Iglesia están profundamente unidos.

La intención fundamental de este curso es mostrar tanto como nos sea posible esta coherencia de los misterios de la salvación.

La eclesiología es una materia de la teología dogmática que suscita pasiones. Las afirmaciones sobre la Iglesia, los comportamientos en la Iglesia o respecto de la Iglesia dan pie para que muchos separen a los bautizados en categorías bien definidas y antagónicas: conservadores, progresistas, etc. Eso es un verdadero cáncer en la vida de la comunidad. Los fieles, el clero, las comunidades religiosas corren el riesgo de ser muy divididas. Se excomulga muy fácilmente en nuestros días en dependencia del modo de afrontar este tema. El dinamismo de la Iglesia con frecuencia queda seriamente frenado por esto. Detrás de ese vocabulario, a la vez impropio y superficial, hay errores eclesiológicos importantes.

¹ Tomamos estas ideas de la introducción casi literalmente del libro de B.-D. de la SOUJEOL, *Introduction au Mystère de l'Église*, Parole et Silence, Toulouse 2006.

Estudiaremos la doctrina católica sobre la Iglesia por sí misma, para conocerla tal cual es y no tal como nosotros la deseáramos.

El objetivo de este curso es iniciar en la comprensión del misterio de la Iglesia. No tenemos la pretensión de ser exhaustivos. Se trata de ayudar a adquirir las nociones básicas, mostrar la estructura de la materia, ser una guía para entrar en la eclesiología y poder progresar luego uno mismo mediante el estudio personal. Este curso no trata, por tanto de ser completo. Sólo es una iniciación. Uno de los objetivos de este curso es proporcionar los elementos más necesarios para alcanzar el equilibrio teológico en el ámbito de la eclesiología. No todas las cosas aquí recogidas tienen la misma importancia. Algunas son opiniones de escuela.

La eclesiología echa mano de otras ciencias como la filosofía, la historia, las ciencias humanas, sobre todo la sociología. Cada una de estas ciencias estudia un aspecto real que la teología debe asumir.

El lugar de la eclesiología en la teología

Por lo que se refiere al lugar de la eclesiología en la teología, hay que tener en cuenta que hasta el siglo XIV no existía un tratado de eclesiología. Si nos fijamos en la *Suma de Teología* de santo Tomás de Aquino, ahí no existe un tratado de eclesiología. Esta ausencia no es un signo de imperfección, pues la Iglesia está muy presente en la teología medieval, como en los Padres de la Iglesia, y, por supuesto, en la Escritura. Pero no es objeto de un tratado aparte. El misterio eclesial se estudia a propósito de otras cuestiones: la Iglesia forma parte del misterio de Cristo. Es la gran teología que se inicia con san Pablo: la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, Cuerpo del que Cristo es la Cabeza en su humanidad que posee en plenitud la gracia que él difunde en sus miembros. Son numerosos los Padres de la Iglesia que tienen sobre este tema una verdadera y rica eclesiología.

Luego la Iglesia está íntimamente ligada a los sacramentos, en primer lugar, al bautismo, que agrega al Cuerpo y a la Eucaristía que une y hace crecer a este Cuerpo. Los sacramentos son acciones de Cristo por las que edifica, hace crecer, ordena y restaura su Cuerpo. También sobre este tema los Padres de la Iglesia elaboraron una profunda eclesiología cuando hablan de sacramentos.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que la eclesiología no atañe sólo a la dogmática, sino también a la moral.

La Iglesia es en primer lugar la comunidad de *fe*. El estudio de esta virtud encierra elementos preciosos de eclesiología. Podemos pensar, primer lugar, en la *herejía* (alteración de la fe) y a la *apostasía* (abandono de la fe), que excluyen por sí mismas a un miembro del Cuerpo eclesial.

La Iglesia es también, y sobre todo, la comunidad de la *caridad*. El estudio de esta virtud teologal permite abordar la cuestión del *cisma* (ruptura de la caridad), pero también

constituye un pilar del estudio de la acción eclesial (pastoral, misionología,...). Incluso la caridad es el corazón de la Iglesia como redescubrió tan genialmente santa Teresa de Lisieux.

El tratado de la gracia está también directamente relacionado con la eclesiología. La distinción, sobre todo, entre *gracia santificante* y *carisma* es importante para la teología de los ministerios ordenados que constituyen la jerarquía eclesial, y para la teología del ministerio propio del papa (el *carisma* de infalibilidad principalmente). Pero es sobre todo capital para la doctrina del Cuerpo místico del que Cristo es la Cabeza: Él, lleno de gracia, infunde en nosotros su gracia.

Y podríamos continuar la lista.

Podemos decir que todas las partes de la dogmática y de la moral tocan directa o indirectamente la eclesiología. Por esa razón la materia estaba esparcida antes del siglo XIV, y la *Suma de Teología* da testimonio de ello. Es cierto que la Iglesia está más relacionada con unos misterios que con otros, por ejemplo, la cristología es uno de los lugares mayores, pero siempre es necesario acudir a otras partes de la teología para completar, afinar y corregir.

Los primeros tratados de eclesiología aparecieron después. El primero es de 1301, y luego fueron muy numerosos. Hay un hecho histórico que está en el origen de este fenómeno: el conflicto entre Felipe IV el Hermoso, rey de Francia, y el papa Bonifacio VIII. Ese conflicto comprometía toda la eclesiología a través del problema particular de la relación entre el poder temporal y el poder espiritual, o más concretamente, la cuestión de la autoridad del papa sobre el poder real. Ese problema no nació en el año 1300; el papado del siglo XIII lo conoció; conocemos la oposición del papa Inocencio III al rey san Luis de Francia. El papa sostenía una visión muy teocrática dependiente del agustinismo político. Con Felipe IV el Hermoso las cosas se vivieron de forma más brutal.

Hoy día decimos:

- ⇒ Hay distinción *real* entre lo espiritual y lo temporal;
- ⇒ Hay subordinación de los fines *temporales* a los fines *espirituales*;
- ⇒ Hay derecho de intervención de lo espiritual en lo temporal cuando lo temporal amenaza a lo espiritual, o para iluminarlo por lo espiritual.

Hay que incidir sobre todo en la distinción *real* entre los dos. La Iglesia no es la Ciudad, ni siquiera en régimen de cristiandad. De ahí la necesidad de delimitar bien las dos realidades cuyos elementos constitutivos son diferentes, así como la finalidad. Aunque es verdad que en régimen de cristiandad los fieles y los ciudadanos son las mismas personas.

Esquemáticamente esa es la razón de la aparición de los primeros tratados *De Ecclesia* en la historia. El P. Congar dice que esas obras –de las que da una larga lista– tratan esencialmente de los poderes de la Iglesia y de la Ciudad y de sus relaciones. Sin embargo, hay que precisar que no todos esos tratados son jurídicos. El *De regimine christiano* de

Santiago de Viterbo, que es probablemente el más antiguo (1301), posee una primera y larga parte propiamente teológica y de buena calidad.

Desde el punto de vista teológico, la aparición de los tratados *De Ecclesia* testimonia un desarrollo de la ciencia teológica. Una vez superada la ocasión histórica de su nacimiento, los autores han continuado redactando tratados hasta nuestros días. Si la eclesiología puede pretender tener un tratado distinto es porque existe un misterio particular que es la Iglesia. Un artículo de fe tiene un objeto sobrenatural específico, y la Iglesia es uno de esos artículos: *credo unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam*. Volveremos sobre este tema, pues no puede decirse que creemos en la Iglesia de la misma manera que decimos que creemos en Dios. Pero es cierto que la fe está comprometida cuando confesamos que creemos en la Iglesia. Recordemos que el sujeto absolutamente primero de la teología y de la fe es Dios mismo, tal y como se ha revelado. Pero de forma secundaria y derivada, hay otros misterios revelados, conexos, y entre ellos se sitúa el misterio de la Iglesia. O también podemos decir que hay diferenciación progresiva –en el plano de la inteligencia teológica– de los diversos aspectos del misterio de Dios, comenzando por la distinción de su ser y de su obrar.

A partir del siglo XIV, con la aparición de los primeros tratados de eclesiología, se trataba de marcar mejor la distinción entre Cristo y la Iglesia. Esos dos misterios están muy estrechamente ligados hasta el punto de poder ser considerados como un solo misterio, pero bajo ciertos aspectos importantes deben ser distinguidos. Así, desde san Pablo, si creemos que la Iglesia es el *Cuerpo* del que Cristo es la Cabeza (1Cor 12,12s.), lo que marca la unidad, se cree también que ella es igualmente su Esposa (cf. Ef 5,23s.), lo que subraya bien la alteridad. Hay también otra distinción según la cual la Iglesia es a la vez *la realidad de la salvación y el medio de la salvación* por el que la realidad es engendrada. Es la reflexión más avanzada sobre esos dos aspectos de la única realidad llamada Iglesia, y sobre las relaciones entre ellos, que está en el origen de los tratados *De Ecclesia*. Estos consideran más gustosamente el aspecto *medio de salvación*, pero no hay que olvidar nunca articular este aspecto sobre el primero, la realidad de la salvación, porque la Iglesia es inseparablemente los dos. Esta articulación es el objeto de la eclesiología especulativa.

La eclesiología es el estudio propiamente teológico de la Iglesia; su objeto es, por consiguiente, el *misterio* de la Iglesia. La eclesiología es la parte de la teología que estudia a la luz de la fe la Iglesia bajo los dos aspectos de su ser y de su obrar.

Se trata de la Iglesia una. Se distingue entre la Iglesia del cielo, llamada también triunfante o jubilosa, y la Iglesia de la tierra, llamada también peregrinante o militante; y de la Iglesia purgante. Pero se trata de una única realidad. No hay tres Iglesias.

La Iglesia celeste es el *ejemplar* de la Iglesia terrena. La Iglesia del cielo es el modelo, en cierto modo, según el cual es formada la Iglesia terrena. El corazón de la Iglesia está, si podemos hablar así, en estado puro en el cielo, no herido ni limitado por el pecado y la condición carnal presente. Conocer bien ese corazón de la realidad eclesial, al menos tanto como se pueda aquí abajo, es muy importante para conocer más profundamente y

más íntimamente la Iglesia de la tierra. Pero la Iglesia del cielo es la peor conocida. Podemos hablar de ella pero con mucha humildad. Podemos hablar de ella con la humildad de la fe. La fe no es un conocimiento por evidencia como lo será la visión.

La Iglesia de la tierra es el signo de la Iglesia del cielo.

La Iglesia del cielo es una realidad de gloria. La Iglesia de la tierra es una realidad no de este mundo, pero sí en este mundo, y esta inserción en el mundo la marca particularmente.

Significado del nombre «iglesia»

a) El sentido profano

Nuestra palabra Iglesia viene del latín *ecclesia*, que es la transliteración del griego *ekklesia*. Si el latín no ha traducido el griego fue porque los autores de la *Vetus latina* como san Jerónimo (*Vulgata*) y todos los escritores de la Tradición tuvieron conciencia de un sentido particular que una traducción habría empobrecido o deformado. *Ekklesia* viene del verbo *ek kaleo*, que significa llamar, convocar. La *ekklesia* es una asamblea, pero no cualquier asamblea. Nace de una llamada, de una convocación; no es un fenómeno espontáneo como lo es una multitud. En Grecia, la *ekklesia* es la asamblea de los ciudadanos convocados por un heraldo público. Es el Ágora cuyo funcionamiento era diferente a Esparta y a Atenas. Pero es siempre la asamblea plena del *demos* (pueblo) oficialmente reunida por los magistrados para deliberar sobre los asuntos más importantes de la Ciudad. Las condiciones para participar en ello son estrictas: solo los que tienen la cualidad de ser ciudadanos (hombres solamente, no esclavos ni extranjeros) y que no han sido condenados por crimen ni por delito particular, pueden y deben responder a la convocación. En su funcionamiento interno, la asamblea respeta un orden entre los ciudadanos, porque hay dignidades diversas, funciones particulares para su buen desarrollo. Ahí encontramos la distinción fundamental entre *laikoi* (de laos: pueblo, que dará origen a la palabra laicos) y los arcontes (los gobernantes).

En Grecia la palabra no tiene un sentido religioso, ni siquiera está abierta al sentido religioso como lo está la palabra *mysterion*. Es un término del vocabulario político. Encontramos un uso claro en Hch 19,32 que designa la asamblea de los ciudadanos de Éfeso (se narra el tumulto de los orfebres): «Cada uno gritaba una cosa; la asamblea estaba alborotada, y la mayoría no sabían por qué se habían reunido».

b) El sentido religioso

La versión de los LXX emplea 96 veces la palabra *ekklesia* para traducir el hebreo *Qahal* o sus derivados. *Qahal* pertenece a la escuela deuteronomista que se caracteriza por poner el acento en la fidelidad debida a Dios. En 2R 22 y 23 se encuentra el relato del descubrimiento del libro de la Ley (o de la Alianza) por el sumo sacerdote, descubrimiento que está en el origen de la reforma abortada de Josías en el 622. Entre los temas mayores

de la predicación deuteronomista, tenemos las ideas claves de toda reforma religiosa: el Señor es el único Dios; él eligió a un pueblo (elección) que debe amarle y dar testimonio de él (vocación) y con el que se compromete (Alianza). Esta fidelidad a Dios se expresa en primer lugar en la liturgia donde el pueblo, asamblea convocada (*Qahal*) por Dios se acuerda (memoria) y escucha la Palabra de Dios siempre actual (memorial) en la lectura solemne de la Ley.

El término *Qahal* es sobre todo litúrgico. Designa al pueblo elegido cuando está reunido en el culto de Dios. En su origen, la *Qahal* se ve en el momento de la marcha hacia la tierra prometida; es la *Qahal* tipo del Horeb en Dt 4,10 y 23 y 31,30. Encontramos la palabra para designar las asambleas reunidas una vez llegado a destino, sobre todo en el momento de la dedicación del Templo de Salomón (1 R 8) y en el momento de la restauración del templo después del exilio (Ne 8; Esdras 3).

La *Qahal* tiene cuatro componentes fundamentales:

- ⇒ La convocación por Dios y la reunión efectiva del pueblo así convocado.
- ⇒ La presencia de Dios entre los suyos.
- ⇒ El anuncio-proclamación de la Palabra de Dios al pueblo.
- ⇒ El sacrificio en el curso del cual se concluye la renovación de la alianza.

Para ser completo hay que precisar que los LXX tiene otro término que compite con *ekklesia* que es *sinagoga* (etimológicamente: *syn*: conjunto y *agogè*: acción de conducir, de llevar). La sinagoga es un lugar donde se tratan juntos ciertos asuntos, o donde se realizan juntos ciertas acciones. El sentido es en primer lugar material, y podría traducirse por *lugar de reunión*. En la misma familia tenemos la palabra *synaxe* (*synaxis*) la reunión, y por extensión la asamblea reunida.

El *Nuevo Testamento* emplea 114 veces la palabra *ekklesia* sobre todo en san Pablo. Es el término que se impuso. ¿Por qué? Podría decirse que el término es más abierto que sinagoga, que tiene un sentido más directamente material. Podemos añadir dos razones históricas. La primera fue el cuidado tan neto de los primeros cristianos de diferenciarse lo más posible de los judíos después de su ruptura con el templo. La segunda es la que nos dice san Epifanio: se trata de distanciarse no ya de los judíos sino de los herejes. Los Ebionitas, verdaderos sectarios, tenían sus propios lugares de culto que ellos llamaban sinagogas, y se negaban categóricamente a emplear la palabra *ekklesia*. Aquí la elección de la palabra revelaba una elección doctrinal.

En definitiva, la adopción de la palabra *ekklesia* es el resultado de un proceso doctrinal profundo. Es la *ekklesia* que retoma todo el sentido de *Qahal*, y la *Qahal* de Israel es un anuncio preciso de la asamblea santa del *Nuevo Testamento*. El pueblo nuevo que Cristo hizo nacer a partir del antiguo, se convierte en el verdadero Israel reunido por iniciativa divina. *Ekklesia* designa esta continuidad-novedad.

Sin embargo, la palabra *ekklesia* no fue extendida espontáneamente a todos los cristianos. En el origen, los cristianos de Jerusalén veían en la expresión *Ekklesia tou Theou*

una denominación que debía ser su monopolio. Rechazaban el uso para los pagano-cristianos (los bautizados venidos de la gentilidad). Pero rápidamente la asamblea cristiana de Antioquía se designó a sí misma como una *ekklesia*; eso hace número: hay pues, varias *Ekklesiai*. Parece que la actitud de Antioquía no fue en primer lugar una elección profundamente teológica. El uso del griego profano basta para justificar su empleo para la asamblea cristiana. En efecto, si *ekklesia* designaba siempre la asamblea política de Atenas, en el extranjero, en la esfera de la influencia de la cultura griega, se utilizaba esa palabra para designar las asambleas políticas locales, incluso a veces agrupamientos domésticos.

En las cartas de san Pablo vemos como el Apóstol reivindica claramente la palabra *ekklesia* para las asambleas pagano cristianas. En las epístolas encontramos dos clases de usos. En los saludos que abren varias cartas (1 y 2 Ts sobre todo), la palabra *ekklesia* designa directamente la asamblea local. Pero en el curso de las cartas, san Pablo muestra que, ante la multiplicidad de comunidades particulares, sabe que se encuentra frente de una única *ekklesia* que es la comunidad formada por el conjunto de los bautizados, donde quiera que ellos se encuentren: la *ekklesia tou Theou*. Eso es particularmente claro en las cartas de cautividad: una sola convocación y por tanto una sola *ekklesia* (Col 1,18 y 24; Ef 1,22; 3,10 y 21; 5,23 y 32 etc.). Se trata aquí de poner el acento sobre la unidad de todos los cristianos en Cristo. Cristo ha destruido la ley que separaba a los dos pueblos (el *laos* y el *ethnai*), él ha llevado a la unidad las cosas del cielo y de la tierra, los gentiles son conciudadanos (término fuerte a poner en relación con *ekklesia-agera*) como vemos en Ef 2,19 y 3,6. Esta *ekklesia* es a la vez la Jerusalén celeste, la Esposa de Cristo que es su Cuerpo, la construcción que Dios edifica sobre los apóstoles de su Hijo.

Las cartas de san Pablo posee pues dos empleos muy claros de la palabra *ekklesia*: uno que designa a la comunidad local de los bautizados, y uno que designa a la comunidad universal de los discípulos de Cristo. A partir de ahí surge la pregunta: ¿cuál es el sentido primero?

Hay una relación en el misterio de la Iglesia, tal cual es en peregrinación por este mundo, entre el conjunto de los cristianos que forman una única comunidad y la multiplicidad de comunidades locales en las que los cristianos se reparten. Esta relación no es simplemente cuantitativa, la relación de un todo formado por partes, sino más profundamente cualitativa. En cierto modo, todo el misterio eclesial está presente en la comunidad local, pero desde otro punto de vista, la comunidad local está en una relación de dependencia estrecha con la comunidad universal que la precede de alguna manera.

El nombre *ekklesia* significa en primer lugar «comunidad», es decir, en el sentido más común «conjunto de individuos que forman una unidad». Eso nos recuerda en primer lugar que la salvación es de orden comunitario. Encontramos aquí un dato puesto en evidencia por el tema pueblo de Dios. Somos conducidos así a dos cuestiones. La primera de orden moral, es la de la relación del individuo con la comunidad. Esos dos aspectos se contienen mutuamente. Absolutizar uno de los dos –primacía absoluta del

individualismo (individualismo) o primacía absoluta de la comunidad (totalitarismo) – conduce a arruinar el todo. Esta cuestión está ligada al problema de la relación entre unidad comunitaria y diversidad de miembros. La segunda cuestión, concerniente al aspecto comunitario, toca a la permanencia de la comunidad. La Iglesia no muere con el fallecimiento de los individuos que la componen. Hay en ella, sin cesar, nuevos miembros. La permanencia de esta comunidad va a plantear la cuestión de su identidad: ¿ésta permanece siendo tal a través de la sucesión de las generaciones? Es la cuestión de la idefectibilidad de la Iglesia, que abordaremos también más adelante en este curso.

La Iglesia en el Credo

La Iglesia está incluida en el credo que profesamos. El *Símbolo de los apóstoles* (s. IV-V) dice «creo la Iglesia», sin la preposición *en*, aunque siempre en el conjunto del artículo del credo referido al Espíritu Santo. Con esto se nos quiere indicar que la Iglesia no es objeto de fe del mismo modo que Dios, Jesucristo y el Espíritu Santo. Se cree más bien a Dios en la Iglesia. Se habla de la Iglesia en relación con el Espíritu porque es el Espíritu el que hace presente la revelación de Dios por Jesucristo en el mundo y en la historia. Por eso santo Tomás decía que si se usa la preposición *en* tiene que entenderse: «creo en el Espíritu Santo que santifica la Iglesia», pero que es mejor que no se ponga la preposición *en* sino que se diga simplemente «creo la Iglesia católica» (ST II-II, q. 1, a. 9).

Esta misma idea se recoge en el *Catecismo Romano* (cf. 1, 10,22) y más recientemente en el *Catecismo de la Iglesia Católica* donde se dice expresamente: «En el Símbolo de los apóstoles, hacemos profesión de creer que existe una Iglesia Santa (*«Credo... Ecclesiam»*), y no de creer en la Iglesia para no confundir a Dios con sus obras y para atribuir claramente a la bondad de Dios todos los dones que ha puesto en su Iglesia» (nº. 750).

Los Símbolos, tanto el de los apóstoles como el Niceno-constantinopolitano, hablan de la Iglesia después de haber hablado del Espíritu Santo. Esto tiene su explicación, porque el Espíritu está muy vinculado a la Iglesia, es como su alma. Los Padres de la Iglesia pusieron de relieve esta relación que existe entre el Espíritu y la Iglesia. Ireneo de Lyon tiene una frase célebre en la que se expresa esta relación: «*Donde está la Iglesia, está el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, está la Iglesia*» (*Adversus haereses*, III, 24, 1). La Iglesia es el lugar donde actúa el Espíritu Santo. La Iglesia confiesa que en ella y por ella sigue actuando el Espíritu de Cristo en la historia.

Algunas críticas que se hacen hoy a la Iglesia

Hoy vivimos en una época en la que se ha enfriado el entusiasmo del concilio Vaticano II. Después del concilio se hablaba de una verdadera «primavera de la Iglesia», de *aggiornamento* (puesta al día), se decía que Juan XXIII había abierto las ventanas de la Iglesia. Después de esta ola de optimismo, la Iglesia parece hundirse en una inquietante

torpeza. La incertidumbre flota sobre las creencias fundamentales y sobre lo que hay que hacer. Los cristianos oscilan entre una Iglesia segura de sí misma y la esperanza de una comunidad creyente atenta a las nuevas llamadas del Espíritu en un mundo inquieto por su futuro.

Es ya casi un tópico decir que todas las instituciones están en crisis y están sometidas a la crítica. En otro tiempo las instituciones servían de referencia y de guía para la orientación de nuestra vida. En cambio la cultura contemporánea está dispuesta a acoger todo lo que es contrario a la institución. La experiencia personal es sacralizada, mientras que la institución se relativiza e incluso se contesta. Esto vale para el matrimonio, la familia, la escuela, el partido político, el sindicato, el poder judicial, el ejército, la nación, pero de modo especial para la Iglesia, sobre todo entre los jóvenes.

El hecho de que también las otras instituciones estén pasando por una cierta crisis y contestación podría quitar dramatismo a la situación por la que está atravesando la Iglesia. Pero no puede hacernos olvidar el problema. La Iglesia ya no es solamente criticada despiadadamente por los no cristianos, sino también, y sobre todo, por sus miembros más activos y más responsables de la misma Iglesia.

Uno de los reproches más frecuentes consiste en tacharla de opresiva; de ejercer un poder totalitario de carácter feudal y absoluto, de mantener relaciones de vasallaje, de no respetar la libertad y la participación responsable de los cristianos, de no reconocer los derechos de la comunidad eclesial y de cada uno de sus miembros, de sacralizar su poder y de ejercer este poder sobre las conciencias.

En el mismo sentido, la Iglesia aparece como una institución que tiene miedo y sospecha de las personas audaces que exploran vías nuevas. Es una crítica que tiene en mente las acciones emprendidas contra algunos teólogos. La prensa ha jugado en esto un gran papel, creando una opinión negativa en personas que no están muy al corriente de las sutilezas de la investigación teológica. La Iglesia se muestra en estos casos ante la conciencia de mucha gente como una institución intolerante, contraria a la libertad de pensamiento y de investigación.

Otro problema importante y que provoca un rechazo grande de la Iglesia es el de la moral sexual y en concreto de la moral matrimonial. Hay una ruptura entre la doctrina del magisterio a este respecto y la práctica habitual de los esposos cristianos.

En la misma dirección está el problema de la no admisión a la comunión eucarística de los divorciados que se han vuelto a casar.

Ante estos problemas la Iglesia muestra un rostro paradójico. Por una parte, la Iglesia es profética y valiente, incluso hasta ser capaz de sufrir la persecución; se pone al servicio de la humanidad, en particular de los más pobres y de los sin voz; pero por otra, aparece ante la conciencia de mucha gente como opresiva y severa con los que se apartan de la norma o exploran caminos aún desconocidos. Además, los interrogantes que hoy se

plantean ya no atañen tanto a los derechos humanos cuanto a los derechos de los mismos cristianos, y no sólo a sus deberes.

También se le reprocha a la Iglesia de ser dogmática, de tener una respuesta para todo, de tener la última palabra sobre todo, como si se considerara la poseedora de una fe que debe transmitir, o como la propietaria de un terreno que debe defender celosamente.

A esto hay que añadir la existencia de cristianos que se sienten desorientados e incluso desconcertados ante la diversidad de discursos y de comportamientos, y que reclaman a la Iglesia una palabra segura. En cambio, otros desean que la Iglesia sea un camino y no un anclaje inmóvil, una búsqueda y no un refugio protector. Estos últimos tienen el sentimiento de que nadie en la Iglesia posee la verdad, aunque tenga la misión de enseñar o aunque tenga sus certezas. Estas personas sienten alergia a las respuestas hechas y perentorias. Tienen conciencia de que las soluciones dadas no corresponden a las necesidades de hoy. Consideran como una forma de adoctrinamiento y de imperialismo toda invitación a adherirse pasivamente a las afirmaciones de otro. Rechazan los discursos demasiado contundentes, las normas demasiado precisas que matan la libertad y la invención. Denuncian en la Iglesia una forma de comunicación que sea del tipo «gobernantes a gobernados», «enseñantes a enseñados». Reivindican la posibilidad de experimentar e incluso de equivocarse. Estiman que el conocimiento de la verdad siempre se puede perfeccionar.

Estas críticas del dogmatismo expresan, al menos inconscientemente, una realidad profunda y permanente de la vida de la Iglesia: la diversidad de las expresiones de la fe. Si es verdad que la Palabra de Dios es única en Jesucristo, la palabra humana sobre Dios no lo es. Esta verdad se expresa en el concilio Vaticano II con estas palabras: «...una cosa es el depósito de la fe, o sea sus verdades, y otra cosa es el modo de formularlas, conservando el mismo sentido y el mismo significado» (*Gaudium et spes* 62). Siete siglos antes del concilio Vaticano II, santo Tomás de Aquino escribió esa fórmula que sigue siendo muy clarificadora: «el acto del creyente no termina en el enunciado, sino en la realidad que contiene. En realidad, no formulamos enunciados sino para conocer mediante ellos las realidades» (II-II, q. 1, a. 2, ad 2). Por tanto, no hay que confundir la fe con la manera de formularla. La fe cristiana es la relación con una persona, con Jesucristo. Por su parte, los dogmas son las expresiones avaladas por la Iglesia. Son como la mejor manera de acercarse a las realidades de la fe, la mejor manera de expresar esa fe en una época concreta, en un lenguaje humano concreto, mediatizado por una cultura determinada.

Otro problema es el de la democratización de la Iglesia y el de la mayor participación de los fieles en las decisiones de la Iglesia. Hay que subrayar también los esfuerzos que se están realizando dentro de la Iglesia para que exista una mayor igualdad entre los miembros que la componen. Sin duda diferentes procesos de democratización existen ya, y consisten en multiplicar las estructuras de diálogo con el fin de hacer a los cristianos

más responsables y más participativos; aunque queda un largo camino por recorrer en esta dirección.

Otra crítica se refiere a «una Iglesia poco viva», poco dinámica y creativa.

Una Iglesia poco presente en las realidades humanas, a pesar que de hecho muchos textos y acciones muestran que los cristianos están atentos y presentes en los acontecimientos del mundo.

Pero no todo son sombras, modestamente podemos reconocer que también hay luces, como por ejemplo la Iglesia de los mártires de todos los tiempos, o la Iglesia de los santos o las obras de caridad que la Iglesia ha llevado a cabo a lo largo de la historia; su contribución a la paz, tanto en la Edad Media como en la actualidad; su contribución al reconocimiento único de la persona humana y de su dignidad; su defensa de la libertad de conciencia. Pero lo más importante de todo es que la Iglesia ha guardado hasta hoy el recuerdo de Jesucristo. Sin ella no habría Evangelio ni Sagrada Escritura, sin ella nada sabríamos de Jesucristo ni de la esperanza que él nos ha traído.

Eso es lo que supo agradecer el sociólogo y filósofo alemán Walter Dirks (+1991) al final de una vida accidentada, rica en éxitos y en sufrimientos. En uno de sus textos autobiográficos, titulado *El tartamudo cantor*, escribía así:

«La Iglesia, tan lastrada por opciones erróneas tomadas en momentos críticos y por la serie de callejones sin salida en que incide una y otra vez, me transmitió la fe y, mediante ella, el elemento más productivo de mi ajetreada existencia... De no haber existido el Pentecostés de hace 1950 años... ni yo ni ninguno de nosotros hubiera tenido acceso al acontecimiento salvador del mensajero singular de Dios, que nació como hombre, que vivió, actuó y predicó como hombre, que fracasó en la cruz y resucitó: Jesús de Nazaret. Así, yo debo a la Iglesia de Cristo, y concretamente a la Iglesia que me socializó, lo más valioso de mi vida: el sentido general de la existencia que se desprende de la fe en Dios y del mensaje de Jesús y todo lo que se puede relacionar concreta y razonablemente con él... y no tendría la posibilidad de salvación, de felicidad, de fuerza si no me la hubiera transmitido la Iglesia. Por eso estoy profundamente agradecido, como a ningún otro poder histórico, a esa misma Iglesia que me irrita, me tortura, me acongoja y preocupa, a esa Iglesia problemática»².

Sin duda todos podemos reconocernos, en primer lugar, en ese agradecimiento a la Iglesia, empezando por la Iglesia doméstica de nuestra propia familia, continuando por

² Th. SCHNEIDER, *Lo que nosotros creemos. Exposición del Símbolo de los apóstoles* (Verdad e imagen 115), Sígueme, Salamanca 1991, p. 342.

los párrocos, catequistas y la comunidad parroquial que nos ha ido arrojando con su testimonio de una fe vivida y celebrada en común. Quizás también podríamos identificarnos en ese sentimiento de insatisfacción, pero sin olvidar que esa insatisfacción ante la Iglesia implica también la insatisfacción ante nosotros mismos, ante nuestra forma de vivir la vocación cristiana. La misma Iglesia vive esta paradoja. La Iglesia de Jesucristo, compuesta de pecadores, es santa y a la vez necesitada de purificación y conversión, es sacramento de la cercanía de Dios, pero es a menudo un signo muy irritante y un instrumento muy deficiente de su amor.

Los últimos Capítulos Generales de la Orden de Predicadores han ido animando la encarnación histórica de los elementos nucleares de la personalidad dominicana: *misión y comunión*, estructurados orgánicamente en su Constitución fundamental. La comunidad dominicana se ordena y se explica ineludiblemente desde la misión; por esto, precisamente, es siempre una *comunidad apostólica*. Y, al mismo tiempo, la misión se desarrolla y se define necesariamente desde la comunidad: se trata siempre de una *misión comunitaria*. Esta reciprocidad complementaria fundamenta el equilibrio dinámico *misión-comunión*.

Estamos a las puertas de celebrar los ochocientos años de la Orden. El capítulo general de Trogir nos exhorta con un texto que bien puede ser el pórtico de los textos de anteriores Capítulos: “El jubileo que celebraremos en 2016 es una gracia que el Señor nos concede para renovar la vida apostólica de la Orden, a partir de una profunda y serena escucha de la Palabra de Dios y una atención afectuosa a las esperanzas de los hombres y mujeres de hoy. Por eso, exhortamos a todas las comunidades a aprovechar esta ocasión para revisar su planificación apostólica y renovarla con imaginación, creatividad y libertad, teniendo presentes, de modo particular, los siguientes criterios: **1.** llevar el Evangelio a los excluidos de la sociedad y a los alejados de la fe; **2.** compartir entre nosotros los retos de la misión y trabajar en equipo; **3.** comunicar el carisma de la predicación a los demás, especialmente a los jóvenes”³.

En este marco apostólico se injerta nuestro objetivo: ¿Cómo entiende la Orden de Predicadores, aquí y ahora, su ministerio evangelizador? ¿A que le compromete su identidad como predicadores? La respuesta la iremos encontrando en el magisterio de los

Capítulos generales que indicaremos más adelante⁴. Nuestro trabajo contiene los siguientes apartados:

1. Presentación de las fuentes

³ Actas n. 108

⁴ Para ampliar nuestra exposición sugerimos la lectura de dos artículos de fray Emilio Barcelón: *La misión dominicana en el mundo y culturas actuales*, Teología espiritual, XXXIX, 1995, 53-89. Y: *De la gracia de la predicación a la predicación de la gracia*, Teología espiritual, L, 2006, 231-279

2. Proceso histórico de renovación.
3. Síntesis de los contenidos de cada Prólogo o Proemio
4. Presentación del magisterio capitular y textos de los Capítulos
5. Las prioridades apostólicas: presentación y textos
6. Zonas geográficas y ámbitos socio-culturales

Bibliografía

- AA.VV., *Mysterium Salutis IV/1: La Iglesia, Cristiandad*, Madrid 1976.
- AGUIRRE, R., *Del movimiento de Jesús a la Iglesia cristiana. Ensayo de exégesis sociológica del cristianismo primitivo*, Verbo Divino, Estella 1998.
- ANTÓN, A., *La Iglesia de Cristo. El Israel de la Vieja y de la Nueva Alianza*, Madrid 1977. ID., *El Misterio de la Iglesia: De la apologética de la Iglesia-sociedad a la Iglesia-misterio en el Vaticano II y en el posconcilio*, Madrid 1987.
- BALTHASAR, H. U. von, *Ensayos teológicos II. Sponsa Verbi*, Guadarrama, Madrid 1964.
- BANDERA, A., *La Iglesia misterio de comunión. En el corazón del Concilio Vaticano II*, Bibl. Teól. Esp., Salamanca 1965.
- BARAÚNA, G. (dir.), *La Iglesia del Vaticano II. Estudios en torno a la Constitución conciliar sobre la Iglesia*, 2 vols. Flors, Barcelona, 1968³. ID., *Comunión eclesial y humanidad*, San Esteban, Salamanca 1978.
- BERZOSA, R., *Teología y espiritualidad laical*, Editorial CCS, Madrid 1995.
- BLAZQUEZ, R., *La Iglesia del concilio Vaticano II*, Salamanca 1991².
- BOFF, L., *Eclesiogénesis. Las Comunidades de Base reinventan la Iglesia*, Sal Terrae, Santander 1979. ID., *Iglesia: Carisma y poder. Ensayos de eclesiología militante*, Sal Terrae, Santander 1985³.
- BOUYER, L., *La Iglesia de Dios. Cuerpo de Cristo y templo del Espíritu*, Studium, Madrid 1973.
- BROWN, Raymond E., *Las Iglesias que los apóstoles nos dejaron*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1986.
- BUENO DE LA FUENTE, E., *Eclesiología* (Sapientia fidei 18), Madrid 1998.
- BUENO DE LA FUENTE, E., «Urgencia de la tarea pastoral de los fieles laicos en el momento actual», en COMISIÓN EPISCOPAL DE APOSTOLADO SEGLAR, *Los fieles laicos y la urgencia evangelizadora*, Editorial Edice, Madrid 2003, pp. 1-43.
- BUENO DE LA FUENTE, E.-CALVO PÉREZ, R., *La Iglesia local*, San Pablo, Madrid 2000.
- CALERO, A., *Iglesia, misterio, comunión y misión* (Claves cristianas 14), CCS, Madrid 2001.

- ID., *El laico en la Iglesia. Vocación y misión*, CCS, Madrid 1997.
- CALVO CORTÉS, A.-RUIZ DÍAZ, A., *Para leer una eclesiología elemental. Del aula a la comunidad de fe*, Verbo divino, Estella 1997⁶.
 - CASTAÑO, M., *Amar a la Iglesia para cambiarla*, Atenas, Madrid 1996.
 - COLLANTES, J., *El misterio de la Iglesia* (Lecturas de Teología 4), Facultad de Granada, Granada 1968.
 - COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Temas selectos de eclesiología*. Documento 1984, Madrid 1987.
 - CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los cristianos laicos Iglesia en el mundo*, Ediciones Paulinas, Madrid 1991.
 - CONGAR, Y. M., *Ensayos sobre el Misterio de la Iglesia*, Estela, Barcelona 1959.
ID., *Jalones para una teología del laicado*, Estela, Barcelona 19632.
ID., *Santa Iglesia*, Estela, Barcelona 1965.
ID., *Falsas y verdaderas reformas de la Iglesia*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1973².
ID., *Le Concile de Vatican II. Son Église Peuple de Dieu et Corps du Christ* (Théologie historique 71), Paris 1984.
 - CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *El primado del sucesor de Pedro en el misterio de la Iglesia. Consideraciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe* (Comentarios de R. Pesck-R. Minnerath-p. Rodríguez-F. Ocariz-P. Goyret-A.M. Sicari-N. Bux), Palabra, Madrid 2003.
 - DIANICH, S., *Iglesia en misión*, Sígueme, Salamanca 1988.
 - DUQUOC, Ch., «Creo en la Iglesia». *Precariedad institucional y Reino de Dios*, Santander 2001.
 - ESTRADA DÍAZ, J. A., *La espiritualidad de los laicos en una eclesiología de comunión*, San Pablo, Madrid 19912.
 - FAYNEL, P., *La Iglesia*, 2 t., Herder, Barcelona 1974.
 - FLORISTÁN, C., *La Iglesia. Comunidad de creyentes*, Sígueme, Salamanca 1999.
 - FORTE, B., *La Iglesia de la Trinidad. Ensayo sobre el misterio de la Iglesia* *Comunión y misión*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1996.
 - GARCÍA EXTREMEÑO, C., *Eclesiología. Comunión de vida y misión al mundo*, San Esteban-Edibesa, Salamanca-Madrid 1999.
 - GARIJO-GUEMBE, M. M., *La comunión de los santos. Fundamento, esencia y estructura de la Iglesia*, Barcelona 1991.
 - GONZÁLEZ RUIZ, J. M., *La Iglesia a la intemperie. Reflexiones postmodernas sobre la Iglesia*, Sal Terrae, Santander 1986.
 - HAMER, J., *La Iglesia es una comunión*, Estela, Barcelona 1965.
 - JOURNET, Ch., *Teología de la Iglesia*, Desclée, Bilbao 19622.

- JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Post-Sinodal Christifideles Laici, Sobre la Vocación y misión de los laicos en el mundo.
- KASPER, W., La Iglesia católica. Esencia, realidad, misión (Verdad e Imagen 196), Sígueme, Salamanca 2013.
- KEHL, M., La Iglesia. Eclesiología católica, Sígueme, Salamanca 1996.
ID., La Iglesia, Herder, Barcelona 1968.
- LA SOUJEOLE, B.-D. de, Le sacrement de la communion. Essai d'ecclésiologie fondamentale, Fribourg (Suisse)-Paris 1998.
ID., Introduction au Mystère de l'Église (Bibliothèque de la Revue Thomiste), Parole et Silence, Toulouse 2006.
- LATOURELLE, R., Cristo y la Iglesia signos de salvación, Sígueme, Salamanca 1971.
- LATOURELLE, R. (ed.), Vaticano II: balance y perspectivas. Veinticinco años después (1962-1987), Ediciones Sígueme, Salamanca 1989.
- LOHFINK, G., La Iglesia que Jesús quería, Desclée de Brouwer, Bilbao 1986.
- LOSADA ESPINOSA, J., Distintas imágenes de la Iglesia, Fundación Santa María, Madrid 1983.
- LUBAC, H. de, Meditación sobre la Iglesia, Desclée, Bilbao 1959.
- MADRIGAL, S., Vaticano II: Remembranza y actualización. Esquemas para una eclesiología, Santander 2002.
- MONDIN, B., La Chiesa, primicia del regno. Trattato di ecclesiologia, Bologna 1982.
ID., La Chiesa sacramento d'amore. Trattato di ecclesiologia, Bologna 1993.
- MONNERON, J. L. (dir.), L'Église: institution et foi, Bruxelles 1979.
- PASQUIER, J. M., L'Église comme sacrement: le développement de l'idée sacramentelle de l'Église de Moehler à Vatican (Collecttion Studia Friburgensia 105), Academic Press Fribourg, Fribourg 2009.
- PEREA, J., El laicado: un género de vida eclesial sin nombre, Desclée de Brouwer, Bilbao 2001.
- PIE-NINOT, S., Introducción a la eclesiología, Verbo Divino, Estella 1995.
- PHILIPS, G., La Iglesia y su misterio en el concilio Vaticano II. Historia, texto y comentario de la constitución «Lumen Gentium», 2t., Herder, Barcelona 1968-1969.
- PRAT i PONS, R., La misión de la Iglesia en el mundo. Ser cristiano hoy, Salamanca 2004.
- QUIROZ MAGAÑA, A., Eclesiología en la Teología de la Liberación, Sígueme, Salamanca 1983.
- PIÉ-NINOT, S., Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana, Sígueme, Salamanca 2006.

- RATZINGER, J., El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una nueva eclesiología, Barcelona 1972.
ID., Iglesia, ecumenismo y política. Nuevos ensayos de eclesiología, Madrid 1987, pp. 199-221.
ID., La Iglesia. Una comunidad siempre en camino, San Pablo, Madrid 1992.
- RIGAL, J., L'ecclésiologie de communion. Son évolution historique et ses fondements, Paris 1997.
ID., Descubrir la Iglesia. Iniciación a la eclesiología (Ágape 23), Secretariado Trinitario, Salamanca 2001.
- SÁNCHEZ MONGE, M., Eclesiología. La Iglesia, misterio de comunión y misión, Atenas, Madrid 1994.
- SCHATZ, K., El primado del papa. Su historia, desde los orígenes hasta nuestros días, Sal Terrae, Santander 1996.
- SCHNACKENBURG, R., La Iglesia en el Nuevo Testamento, Taurus, Madrid 1965.
- SCHNACKENBURG, R.-THIEME, K., La Bible et le Mystère de l'Église, Desclée, Bélgica 1964.
- SCOLA, A., ¿Quién es la Iglesia? Una clave eclesiológica y sacramental para la eclesiología, EDICEP, Valencia 2008.
- SEMERARO, M., Misterio, comunión y misión. Manual de eclesiología, Secretariado Trinitario, Salamanca 2004.
- SESBOÛÉ, B., El magisterio a examen. Autoridad, Verdad y libertad en la Iglesia, Bilbao 2004.
- SOUJEOL, B.-D. De la, Introduction au Mystère de l'Église, Parole et Silence, Toulouse 2006.
- SULLIVAN, F. A., La Iglesia en la que creemos. Una, santa, católica y apostólica, Bilbao 1995.
- TILLARD, J. M. R., El obispo de Roma. Estudio sobre el papado, Sal Terrae, Santander 1986.
ID., Iglesia de Iglesias. Eclesiología de comunión, Sígueme, Salamanca 1991.
ID., Carne de la Iglesia, carne de Cristo. En las fuentes de la eclesiología de comunión, Sígueme, Salamanca 1994.
ID., La Iglesia local. Eclesiología de comunión y catolicidad, Salamanca 1999.
- VILLAR, J. R. (Dir.), Iglesia, ministerio episcopal y ministerio petrino, Rialp, Madrid 2004.